

La clase de equitación

Estaban agazapados con sus rifles en el piñal, observando cómo un hombre enseñaba a montar a caballo a su hijo. Era el verano de 1902 en Hawai.

Llevaban mucho rato sin decir nada. Simplemente permanecían al acecho observando al hombre, al muchacho y al caballo. Lo que veían no les hacía muy felices.

—No puedo hacerlo —dijo Greer.

—Esto es una putada —dijo Cameron.

—No puedo matar a un hombre mientras le está enseñando a montar a caballo a su hijo —comentó Greer—. Yo no soy así.

Greer y Cameron se sentían a disgusto en el piñal. En Hawai parecían fuera de lugar. Los dos iban vestidos de cowboys, con unas ropas más apropiadas para Oregón oriental.

Greer llevaba su arma favorita: un Krag 30:40, y Cameron un Winchester 25:35. A Greer le gustaba tomarle el pelo a Cameron por su rifle. Greer solía decir: «¿Por qué conservas este rifle para conejos cuando podrías conseguir un arma de verdad como mi Krag?».

Observaban muy concentrados la clase de equitación.

—Bueno, ahí van 1.000 dólares para cada uno —dijo Cameron—. Y ese maldito viaje en ese maldito barco ha sido en

balde. Creí que nunca podría dejar de vomitar, y ahora tendré que hacer el viaje de vuelta con cuatro chavos en el bolsillo.

Greer asintió.

El viaje de San Francisco a Hawai había sido la experiencia más terrorífica por la que habían pasado, más terrible incluso que cuando le dispararon diez veces a aquel ayudante del sheriff de Idaho y seguía sin morirse, y al final Greer tuvo que decirle al agente de la ley:

—Por favor, muérase, porque no queremos tener que volver a dispararle.

El ayudante del sheriff dijo:

—De acuerdo, me moriré, pero no vuelvan a dispararme.

—No volveremos a dispararle —dijo Cameron.

—Muy bien, estoy muerto. —Y lo estaba.

El hombre, el chaval y el caballo estaban en el patio de delante de una gran casa blanca sombreada por cocoteros. Era como una isla reluciente en medio del piñal. De la casa salía una música de piano. Flotaba perezosamente a través de la cálida tarde.

En ese momento una mujer apareció en el porche delantero. Se comportaba como esposa y madre. Llevaba un vestido largo y blanco con el cuello alto y almidonado.

—¡La cena está lista! —chilló—. ¡Venga, a comer, cowboys!

—¡Maldita sea! —dijo Cameron—. Ahora sí que hemos perdido de verdad los 1.000 dólares. De todas todas, ese tipo debería estar muerto y medio amortajado en el salón, pero ahí lo tienes, entrando en su casa para comer.

—Larguémonos de este Hawai de los demonios —dijo Greer.

De regreso a San Francisco

Cameron era un obseso del cómputo. Vomitó diecinueve veces en el viaje de vuelta a San Francisco. Le gustaba contar todo lo que hacía, una costumbre que a Greer le ponía nervioso al principio, cuando se conocieron años atrás, aunque ahora ya se había acostumbrado. No le quedó más remedio; de lo contrario, se habría vuelto loco.

La gente a veces se preguntaba qué estaba haciendo Cameron, y Greer les contestaba:

—Está contando algo.

Y la gente preguntaba:

—¿Qué está contando?

Y Greer decía:

—¿Qué más da?

Y la gente exclamaba:

—Ah.

Por lo general la gente no profundizaba en el asunto, pues Greer y Cameron eran dos tipos muy seguros de sí mismos, con ese aire relajado y despreocupado que pone nerviosa a la gente.

Greer y Cameron tenían fama de manejar cualquier situación imprevista con un mínimo esfuerzo y una máxima efectividad.

No tenían pinta de duros ni de malvados. Parecían una esencia destilada y relajada de esas dos cualidades. Se comportaban como si estuvieran familiarizados con algo que nadie más podía ver.

En otras palabras, tenían la sartén por el mango. A nadie se le ocurría tocarles los huevos, aunque Cameron siempre estuviera contando cosas y hubiera contado diecinueve vómitos en el viaje de vuelta a San Francisco. Se ganaban la vida matando gente.

Y en una ocasión, durante el viaje, Greer preguntó:

—¿Cuántas veces has vomitado?

Y Cameron dijo:

—12.

—¿Y cuántas has tenido náuseas?

—20.

—¿Cómo está la cosa entonces? —dijo Greer.

—Más o menos igualada.

La señorita Hawkline

En aquel momento la señorita Hawkline los esperaba en una casa amarilla enorme y muy fría... en Oregón oriental... mientras ellos se sacaban un poco de dinero para el viaje en el barrio chino de San Francisco matando a un chino que un grupo de otros chinos consideraba que había que matar.

Era un chino realmente duro, y a Greer y Cameron les ofrecieron setenta y cinco dólares por matarlo.

La señorita Hawkline estaba sentada desnuda sobre el suelo de una habitación llena de instrumentos musicales y lámparas de queroseno encendidas a poca mecha. Estaba sentada junto a un clavicémbalo. Una luz insólita brillaba sobre las teclas del clavicémbalo, y esa luz proyectaba una sombra.

Fuera aullaban los coyotes.

Las sombras de los instrumentos musicales, deformadas por la lámpara, dibujaban motivos exóticos sobre su cuerpo, y en el hogar ardía un gran fuego de leña. El fuego parecía casi desproporcionado, pero su tamaño era necesario porque la casa era muy fría.

Llamaron a la puerta de la habitación.

La señorita Hawkline volvió la cabeza.

—¿Sí? —dijo.

—Dentro de unos momentos se servirá la cena —dijo la

voz de un anciano desde el otro lado de la puerta. El hombre no intentó entrar. Permaneció al otro lado.

—Gracias, señor Morgan —replicó ella.

A continuación se oyeron unas fuertes pisadas alejándose por el pasillo, y al poco desaparecieron tras el ruido de una puerta al cerrarse.

Los coyotes estaban cerca de la casa. Parecía como si estuvieran en el porche delantero.

—Les damos setenta y cinco dólares. Y matan —dijo el jefe de los chinos.

Había cinco o seis chinos más sentados con ellos en el pequeño reservado en penumbra. Un olor a mala cocina china impregnaba el lugar.

Cuando Greer y Cameron oyeron que el precio eran setenta y cinco dólares mostraron esa sonrisa relajada que solían mostrar cuando las cosas cambiaban muy deprisa.

—Doscientos dólares —dijo el jefe de los chinos sin cambiar la expresión de la cara. Era un chino listo. Por eso era su líder.

—Doscientos cincuenta dólares. ¿Dónde está? —dijo Greer.

—Es el vecino de al lado —dijo el jefe de los chinos.

Greer y Cameron salieron hasta la puerta del vecino de al lado y lo mataron. Jamás llegaron a averiguar lo duro que era ese chino, porque no le dieron oportunidad. Así era como trabajaban. No se andaban con remilgos a la hora de matar.

Mientras se encargaban del chino, la señorita Hawkline seguía esperándolos, desnuda en el suelo de una habitación llena de sombras de instrumentos musicales. Con ayuda de la lámpara, las sombras jugueteaban sobre su cuerpo en aquella enorme casa de Oregón oriental.

Había algo más en la habitación. Algo que la observaba y que disfrutaba viendo su cuerpo desnudo. Ella no sabía que estaba allí. Tampoco sabía que estaba desnuda. De haber sabido

que estaba desnuda, se habría escandalizado mucho. Era una joven recatada, exceptuando el pintoresco lenguaje que le había contagiado su padre.

La señorita Hawkline pensaba en Greer y Cameron, aunque no los conocía y ni siquiera había oído hablar de ellos, pero esperaba eternamente su llegada, como si hubieran estado destinados a aparecer desde siempre, pues ella formaba parte del futuro gótico de ambos.

A la mañana siguiente, Greer y Cameron cogieron el tren hasta Portland, Oregón. Era un hermoso día. Estaban contentos porque les gustaba el viaje en tren hasta Portland.

—Ocho veces hasta el final y seis veces nos hemos bajado antes —dijo Cameron.